

Aleida Anselma Rodríguez, *Arqueología de Omagua y Dorado, Rende (Italy)*, Mediterranean Press, 1990.

Tanto los estudios críticos sobre literatura como la literatura latinoamericana en sí han encarado el problema de la historia y de lo histórico de una manera particularmente incisiva durante las últimas décadas. Y si bien los procedimientos intelectivos que han entrado en juego no apuestan directamente sobre el rigor de categorizaciones específicas, es obvia la apropiación más o menos ecléctica, más o menos intencional, de los instrumentos proporcionados por el postestructuralismo y por todas aquellas disposiciones formales que pueden incluirse dentro del llamado Postmodernismo.

Esta denominación, de por sí compleja en el mundo europeo y norteamericano, y portadora de los contenidos de la experiencia de sociedades que conciben su supervivencia sólo dentro de sistemas democráticos, habrá de perfilarse en Latinoamérica con rasgos y motivaciones seguramente diferentes a aquéllos que muestra el mundo industrializado. Máxime cuando los nuevos instrumentos de análisis no podrían anticipar por sí mismos cambios realmente cualitativos en los objetivos de las actividades relacionadas con lo histórico: la producción intelectual latinoamericana, desde mediados del siglo pasado, se dirige a la interpretación y relectura de la historia tal como si de esta incesante empresa dependieran los fundamentos siempre provisionales que construyen nuevas identidades sociales nacionales. Y dado que la configuración de lo nacional como elemento estructurador de la identidad social depende de la forma y del desarrollo

de los estados nacionales, se podría afirmar que en Latinoamérica tales identidades son inestables puesto que no se ha producido un Estado cuyos enunciados sean capaces de presentarse lo suficientemente generales como para abarcar los intereses de los distintos sectores a los que nominalmente representan.

Así, un continente que sigue percibiéndose a sí mismo como irresuelto es el que ha presenciado, tras la adquisición de nuevas disciplinas, la disolución de sus instrumentos más positivistas en los proyectos de lectura de la historia, y ha empezado a ver, en los residuos de esa desaparición, la presencia del texto histórico, único objeto que testimonia el pasado porque su naturaleza se halla entretejida en él. Y si bien el texto es la única afirmación con la que es posible contar, su universalidad ya no puede emitirse, puesto que está presa o resulta mermada al ponerse en contacto con el mundo contemporáneo: entre nosotros se ha asentado el problema del lector en tanto sujeto que no parece capacitado para aprehender la verdad contenida en el texto, puesto que él mismo está lleno de los enunciados de su propia época y conforma la interpretación o la relectura, no ya protegido por su dominio del conocimiento humano, sino en virtud del cúmulo de convicciones que caracterizan su circunstancia.

La deslegitimación y/o la crítica del conocimiento en tanto figura de la verdad —que es a fin de cuentas una de las direcciones del mundo postmoderno— parece rebasar la percepción de estas convicciones en tanto ideologías, quizás porque la ideología es un concepto que no ha logrado despegarse del peculiar trasfondo ético que le imprimió el siglo XIX y que sigue estando ligado

a la necesidad de una verdad racionalmente discernible y, lo que es más importante, a la posibilidad de producirse a partir del sujeto. Más que a una ideología, el lector pertenece a lo que Foucault ha llamado el **discurso**, esa "familia de enunciados" que transita silenciosamente por la cultura y sobrevive en la supuesta objetividad del conocimiento.

No existe propiamente el sujeto en tanto unidad perceptora y productora frente al discurso, porque el discurso —si fuera posible regresar a la fundamentación lukacsiana— supondría una peculiar culminación de la codificación de los enunciados. De ahí que los reajustes en las estructuras de enunciados, por más radicales que parezcan, no pueden aceptar direcciones que supongan la transgresión a sus principios fundamentales. Y el sujeto se diluye dado que, en su interacción con el discurso ha de adoptar, necesariamente, las formas de este último. Ni la disciplina ni aquélla que de acuerdo al racionalismo alemán sería la conciencia sirven para enfrentar los peligros de la interpretación, pues el lector incorpora, en la misma codificación de lo disciplinario, los enunciados de una tradición cultural que le es inesquivable.

Esta percepción incide directamente en la concepción del discurso histórico: el sujeto-autor deja a un lado su función de productor o estructurador de la significación, dado que él mismo es una unidad edificada en la convergencia de múltiples enunciados. Por otra parte, la historia ya no puede aparecer como una Unidad a riesgo de convertirse en calco de los discursos del poder, y ahogar de este modo la multiplicidad de historias, de voces, de tonos intermedios con los

que al fin y al cabo también se ha construido la objetividad del mundo que presenciamos. Dados estos planteamientos, cabe preguntarse cómo es posible superar el problema del sujeto-autor y cómo puede ser recuperada la multiplicidad que, dispersa en la objetividad social, no está codificada en discursos unitarios diferenciados de los discursos del poder.

Aleida A. Rodríguez, en *Arqueología de Omagua y Dorado*, intenta ofrecer las respuestas, que más que objetivaciones explícitas, son elementos integrados en el comportamiento de su propio texto. La intención general del libro es lograr el despliegue de la multiplicidad, la cual sólo llega a percibirse claramente en momentos en los que, paradójicamente, el ejercicio del poder está respaldado por un discurso cuya universalidad no se cuestiona; tal es la época de Felipe II, en la que los enunciados estatales se hallan extendidos en todo el dominio español del siglo XVI. De ahí que no sea difícil encontrarlos en la relación de Francisco Vázquez y en las cartas que Aguirre dirige al rey durante su jornada. Rodríguez trata de mostrar que la universalidad del discurso monárquico trasciende el aspecto estrictamente político de la Conquista y existe como parte del pensamiento de la época, dentro de lo que Foucault ha llamado **episteme**.

La **episteme** no refleja necesariamente pensamientos de tipo unitario ni tampoco contenidos restrictivos de la época, sino un funcionamiento particular de todos los enunciados que componen al sujeto. Esto se puede observar claramente en *La Relación de Omagua y Dorado*, de Francisco Vázquez (Capítulo II), que pasa a ser leída tal como si estuviera compuesta de

múltiples Yos que representan funciones y contenidos semánticos diversos dentro del texto. Su diversidad toma las formas de “nosotros-relator”, “nosotros-participante”, “yo-relator”, “yo-participante”, “relator-intruso”, etc., y todas ellas constituyen un cuerpo heterogéneo de direcciones e intenciones que no entran en conflicto ya que las oposiciones que manifiestan se adecúan unas a otras siguiendo el patrón de la **episteme** medieval, a la que Vázquez pertenece.

El análisis de la figura de Aguirre sigue otro camino puesto que Aguirre disiente del discurso monárquico (Capítulo III). Esta disensión no lo expelle propiamente de la **episteme** medieval, pero crea una situación muy especial dado que los enunciados abandonan su universo quieto y organizado (tal como aparecen Vázquez) y se transforman en el campo de batalla en el que convergen los signos socializados (la tendencia del signo a la univocidad) y la experiencia de los individuos. Las experiencias, objetos cuya dimensión privativa es la unicidad, son sombras subversivas dado que, sabiéndose nuevas, se visten a regañadientes con los enunciados universalizados, no sin antes marcarlos de solapadas y/o rotundas transgresiones. Es evidente que el discurso en tanto espacio predefinido de la pugna, le debe su existencia a la obra madura de Foucault, en donde tal pugna se denomina **lucha de fuerzas**. Sin embargo, la inserción de la experiencia de Aguirre (la novísima experiencia de la Conquista) en tanto “deseo” que participa de la lucha de fuerzas, establece que es posible orientar la conducta de los enunciados en favor de la práctica no institucionalizada. En otras palabras, es la constatación de esta

práctica la única redención posible al efecto de hipnosis colectiva que crea el discurso.

Y si bien el discurso del poder sigue siendo el código universalizado del que el sujeto es parte, la experiencia que éste también ha reconocido como suya produce una considerable inestabilidad en los signos del discurso. Tal inestabilidad es considerada por Rodríguez como un elemento imprescindible en el proceso de lectura de la historia: entender a Aguirre no es más que recuperar su propia empresa de tal manera que no sea posible estructurar su actuación dentro de un sistema codificador. Si se toma una postura frente a Aguirre, ya sea que se lo considere loco o rebelde, se está ejerciendo una fuerza que presupone la restauración de la estabilidad de los signos que componen el discurso del poder monárquico. Y, como es obvio, también se ejercen fuerzas a favor de la tendencia unívoca del discurso. Son estas fuerzas —ocultas en el trabajo de interpretación de la historia y en la interpretación general de los discursos— las que le impiden al presente el reconocimiento de su versatilidad o, lo que es lo mismo, el estado de alerta necesario para reconocer lo exclusivo de la experiencia. Abrir lo histórico —y lo discursivo— a la pluralidad significa atrapar la polivalencia de los signos en el preciso instante en el que el sentido fundamental de los enunciados se debilita. Pero debilitarlos —en tanto afirmación del lector por encima de sus convicciones— es también un ejercicio de lo histórico que puede producirse por la acumulación e intersección de todos los discursos que en diversas épocas han trabajado con un mismo tema. En todo caso, cercar la figura de Aguirre es un proyecto sujeto úni-

camente a la familia de enunciados que la contienen: su verdad y su realidad están tejidas en el lenguaje y no pueden excederlo. De allí que el capítulo IV se dirija al análisis de los discursos que la contemporaneidad ha producido sobre la empresa aguirreña: la película *Aguirre, la ira de Dios* y la novela *Aguirre, príncipe de la libertad*.

Los hallazgos, los conflictos y los instrumentos de análisis que aparecen en *Arqueología de Omagua y Dorado* también han empezado a ser parte integrante del comportamiento intelectual latinoamericano. Y la intención que transita en ellos y que se presenta inicialmente como estricta revisión de las formas de conocimiento de la historia, debe ser prevista también como un medio que paulatinamente representará la tradición latinoamericana como una construcción discursiva que si en el pasado sirvió a la cohesión e integración social-nacional, disminuye ahora la realización de un presente que ha de crear nuevas formas de cohesión. Porque parece obvio pensar que la utilización de estos recursos intelectuales responde a un contexto latinoamericano en donde los enunciados sociales muestran serios procesos de deterioro.

Dado todo ello, es posible preveer que la búsqueda de la identidad latinoamericana, que sigue siendo el objeto central de los estudios críticos, continuará desarrollándose pero ahora en base a la reconversión de lo real en discursivo y en base a la disolución de todos los discursos que hasta el presente han representado la imagen de Latinoamericana.

Amelia Mondragón

José Lezama Lima: *Paradiso Edición crítica*. Cintio Vitier, coordinador. Colección Archivos, París/Madrid, 1988.

Larga trayectoria han recorrido las ediciones críticas desde las menos presuntuosas versiones diplomáticas o los meros registros de variantes, a las suntuosas ediciones *variorum* que aspiran a un elevado grado de totalidad. Desde que partieron del campo de los estudios clásicos y medievales hasta recalcar en las letras contemporáneas, éstas se han visto tempranamente beneficiadas con una sapiencia de larga data, que ha contribuido en poco tiempo a perfeccionar y diversificar con sus técnicas, nuevos criterios editoriales y académicos.

La crítica textual más reciente ha incorporado a las tradicionales herramientas proporcionadas por la *Textkritik* y la *Textgeschichte* los nuevos avances de la crítica genética, filológica y ecdótica. Los beneficiarios más inmediatos y visibles: autores y lectores de nuestro propio siglo.

Dos objetivos críticos generalmente disociados: transmitir e interpretar, se añan a los de describir y valorar —que, reunidos, han conformado hasta ahora el *cuadrivium* de la actividad crítica—, para guiar los criterios generales de la Colección Archivos. Resultado de acuerdos multilaterales celebrados durante 1983 y 1984 entre cuatro países latinoamericanos —Argentina, Brasil, Colombia y México— y cuatro europeos —España, Francia, Italia y Portugal—, la “Colección Archivos de la Literatura Latinoamericana, del Caribe y Africana del siglo XX”, acaba de completar la publicación de los primeros veinticinco volúmenes, de un total de ochenta y siete en la